



# BOLETIN DEL CLERO

DEL

## OBISPADO DE LEON.

### OBISPADO DE LEÓN.

Con motivo del séptimo Centenario de la dichosa muerte del seráfico San Francisco de Asís, nuestro Santísimo Padre León XIII ha dirigido una carta encíclica á todos los Prelados del mundo católico, en la que hace un bellissimo panegirico de San Francisco lleno de importantes reflexiones, recomendando la devoción é imitación del Santo Patriarca como eficaz remedio á los males de nuestra época, y exhortando finalmente á los Obispos para que den á conocer y hagan estimar la *Orden Tercera*.

No creemos poder hacer cosa mejor para celebrar el Centenario, que dando á conocer tan precioso documento, recomendando su estudio á nuestros amados colaboradores, y exhortándolos, segun los deseos de Su Santidad, para que den á conocer la *Orden Tercera*, restaurándola y dándola nueva vida en los pueblos ó villas en que exista, y estableciéndola donde no la haya habido y las circunstancias aconsejen su instalación.

La palabra del Sumo Pontífice es siempre poderosa y eficaz; y como no es esta la vez primera que el sábio León XIII recomienda y ensalza á la *Venerable Orden Tercera* de San Francisco y desea su propagación como remedio muy oportuno á los males de la moderna sociedad, creemos un deber de nuestro ministerio episcopal

secundar los deseos del gran Pontífice exhortando á nuestro amado Clero á trabajar para que se vean realizados, como Nos lo haremos sin duda en la medida de nuestras fuerzas.

León, fiesta de San Francisco, 4 de Octubre de 1882.

† SATURNINO, OBISPO DE LEÓN.

## CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII.

Á TODOS NUESTROS VENERABLES HERMANOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL MUNDO CATÓLICO, EN GRACIA Y COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA.

León XIII, Papa.

Venerables hermanos: salud y bendición apostólica.

Por una dichosa merced, el pueblo cristiano ha podido celebrar en un breve intervalo el recuerdo de dos hombres que, llamados á gozar en el cielo de las eternas recompensas de la santidad, dejaron sobre la tierra una gloriosa falange de discípulos, como retoños que sin cesar renacen de sus virtudes. Porque despues de las fiestas seculares en memoria de Benito, el padre y legislador de los monjes en Occidente, va á ocurrir una ocasión de tributar honores públicos á Francisco de Asís por el séptimo centenario de su nacimiento.

No sin razón vemos Nos en esto un designio misericordioso de la divina providencia. Porque permitiendo celebrar el día del nacimiento de estos ilustres padres, parece que Dios quiere advertir á los hombres que tienen que recordar sus insignes méritos y comprender al mismo tiempo que las órdenes religiosas fundadas por ellos no debieron ser tan indignamente violadas, sobre todo en aquellas naciones en que por su trabajo, su genio y su celo han sembrado la civilización y la gloria.

Nos confiamos en que estas solemnidades no serán infructuosas para el pueblo cristiano, que siempre y con justicia ha considerado como amigos á los religiosos, por lo que, así como ha honrado el nombre de Benito con amor y gratitud, hará revivir por medio de fiestas públicas y testimonios de afecto la memoria de Francisco. Y esta noble emulación de piedad filial y devota no se limita á la comarca en que nació el santo hombre ni á las que honró con su presencia, sinó que se extiende á todas las partes de la tierra, á todos los lugares donde el nombre de Francisco ha llegado, y en que florecen sus instituciones.

Ciertamente que Nos, más que nadie, aprobamos este ahinco de las almas por tan excelente objeto, sobre todo, estando acostumbrado desde la niñez á tener hácia Francisco admiración y devoción especiales. Y Nos gloriamos de haber sido inscrito en la familia franciscana. y más de una vez hemos subido por piedad, espontáneamente y con alegría, á las sagradas colinas del Alverno: en aquel lugar, la imágen de este gran hombre se ofrecía á Nos por todas partes donde poníamos la planta, y aquella soledad llena de recuerdos tenía á nuestro espíritu embebecido en muda contemplación.

Más, por loable que sea este celo, no consiste en él todo. Porque es preciso pensar que serán agradables á Francisco esos honores que se preparan, si aprovechan á los mismos que los tributan.

El fruto real y duradero consiste en asemejarse en algun modo á su eminente virtud y en procurar ser mejor imitándole. Si con la ayuda de Dios se trabaja para ello con ardor, se habrá encontrado el remedio oportuno y eficaz para los males presentes. Nos queremos, pues, venerables hermanos, no solo atestiguar públicamente por medio de esta carta nuestra devoción á Francisco, sinó excitar vuestra caridad para que trabajéis con Nos en la salvación de los hombres por el remedio que Nos os indicamos.

El Salvador del género humano, Jesucristo, es la fuente eterna é inmutable de todos los bienes que para nosotros proceden de la infinita bondad de Dios: de modo que aquel que ha salvado una vez al mundo es tambien el que le salvará en todos los siglos, *porque no hay bajo el cielo otro nombre que haya sido dado á los hombres por el cual podamos salvarnos.* (Act. IV, 12.) Sí, pues, sucede que, por el vicio de la naturaleza ó la falta de los hombres, cae en el mal el género humano, y parece necesario para levantarle un especial socorro, es preciso absolutamente recurrir á Jesucristo y ver en Él el mayor y más seguro medio de salvación. Porque su divina virtud es tanta y tan poderosa que contiene á la vez un abrigo contra los peligros y un remedio contra los males.

La curación es cierta, si el género humano vuelve á profesar la sabiduría cristiana y las reglas de vida del Evangelio. Cuando ocurren males como estos de que Nos hablamos, ofrece Dios al mismo tiempo un socorro providencial, suscitando á un hombre, no escogido al azar entre los demás, sinó eminente y único, á quien encarga de procurar el restablecimiento de la salud pública. Y esto es lo que sucedió á fines del siglo XII, y algo mas tarde: Francisco fué el obrero de esta gran obra.

Se conoce bastante esta época con su mezcla de vicios y virtudes. La fé católica estaba entonces mas profundamente ar-

raigada en las almas: ofrecía también un hermoso espectáculo aquella multitud inflamada de piadoso celo que iba á Palestina para vencer ó morir en ella. Pero el libertinaje había alterado mucho las costumbres de los pueblos, y era de todo punto necesario que los hombres volvieran á los sentimientos cristianos. Consiste la perfecta virtud cristiana en esa generosa disposición del alma que busca las cosas árdidas y difíciles: tiene su símbolo en la Cruz, que cuantos desean servir á Jesucristo deben llevar sobre sí. La propiedad de dicha disposición es el apartarse de las cosas mortales, de dominarse completamente y de sufrir la adversidad con calma y resignación. En fin, el amor de Dios es dueño y soberano de todas las virtudes para con el prójimo; su poder es tal, que hace desaparecer cuantas dificultades son el cortejo del cumplimiento del deber, y no solo hace tolerables sino hasta agradables, los mas duros trabajos.

Había mucha escasez de estas virtudes en el siglo XII, porque gran número de hombres eran entonces por decirlo así, esclavos de las cosas temporales, ó amaban con frenesí los honores y las riquezas, ó vivían en el lujo y en los placeres. Otros tenían todo el poder, y hacían de su potestad un instrumento de opresión para la multitud miserable y despreciada: y aquellos mismos que hubieran debido por su profesión, ser ejemplo á los hombres, no habían evitado las manchas de los vicios comunes. La extinción de la caridad en muchos lugares había tenido por consecuencia los pecados múltiples y cotidianos de la envidia, de los celos y el odio; los espíritus estaban tan divididos y tan enemistados, que por la menor causa las ciudades vecinas entraban en guerras, y armaba el hierro á unos ciudadanos contra otros.

En este siglo apareció Francisco. Con admirable constancia y rectitud igual á su firmeza, se esforzó con sus palabras y con sus actos en colocar á vista de todos los ojos del mundo caduco la imagen auténtica de la perfección cristiana. En efecto: de la misma manera que el bienaventurado P. Domingo de Guzman, en esta época, defendía la integridad de las doctrinas celestiales y rechazaba, armado con la antorcha de la sabiduría cristiana, los errores perversos de los herejes; así Francisco, conducido á Dios por grandes acciones, obtenía la gracia de excitar á la virtud á los cristianos y de conducir á la imitación de Cristo á aquellos que habían andado muy errantes y por mucho tiempo.

No fué por casualidad por lo que llegaron á los oídos del adolescente estas palabras: «Despreciad el oro y la plata; no la lleveis en vuestras bolsas; no os inquieteis por la comida, ni bebida, ni calzado.»

Y aun «si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo á los pobres, y sígueme.»

Interpretando estos avisos como dirigidos á él directamente, se despojó al instante de todo, cambió los vestidos, adoptó la pobreza como asociada y compañera por todo el resto de su vida, y adoptó la resolución de que estos grandes preceptos de virtudes que él había abrazado con noble y sublime espíritu, fueran las reglas fundamentales de su orden. Después de este tiempo, en medio de la molición tan grande del siglo y de la delicadeza exagerada que le rodeaba, se le vió avanzar en estas prácticas tan difíciles: pide su alimento de puerta en puerta, y soporta, no solamente las burlas de un pueblo insensato aquellas que son mas injuriosas, sinó que las busca con admirable avidez. Seguramente había abrazado la locura de la cruz de Cristo, y la consideraba como sabiduría absoluta; habiendo penetrado ventajosamente en la inteligencia de estos misterios augustos, veía y juzgaba que no podía colocar su gloria en cosa mejor.

Con el amor á la Cruz, ardiente caridad abrasó el corazón de Francisco y le impulsó á propagar con celo el nombre cristiano hasta exponer su vida al peligro más próximo. Abrazaba á todos los hombres en esta caridad; pero buscaba especialmente los pobres y los pequeños, de suerte que parecía colocarse entre aquellos de quienes los demás acostumbraban á retraerse ó á los que orgullosamente despreciaban. Por esto mereció bien de esa fraternidad por la cual Jesucristo, restaurándola y perfeccionándola, ha hecho de todo el género humano una sola familia, colocada bajo la autoridad de Dios, Padre comun de todos.

Gracias á tantas virtudes, y sobre todo por una rara austeridad de vida, este héroe purísimo se dedicó á reproducir en sí, en cuanto pudo, la imagen de Jesucristo. La señal de la Divina Providencia apareció bien cuando le fué concedido tener semejanzas con el Divino Redentor, aun en las cosas exteriores. Así, á ejemplo de Jesucristo, fué dado á Francisco nacer en un establo y tener por lecho, siendo niño, como en otro tiempo Jesús, la tierra cubierta de pajas.

Se refiere que en este momento coros celestiales de ángeles y cánticos oídos á través de los aires, completaron la semejanza. Como Cristo hizo con sus apóstoles, él se adjuntó por discípulos algunos hombres escogidos, á quienes mandó recorrer la tierra como mensajeros de la paz cristiana y de la salud eterna. Despojado de todo, injuriado, negado de los suyos, tuvo de comun con Jesucristo, que no encontró ni un sitio propio donde reclinar su cabeza. Como último rasgo de semejanza, cuando estaba sobre el monte Alverno, cual sobre su calvario, fué, por decirlo así, crucificado por un prodigio nuevo hasta entonces, recibiendo en su cuerpo la impresión de las sagradas llagas.

Nos recordamos aquí un suceso no menos brillante en sí

mismo que por el milagro hecho célebre por la voz de los siglos. Un día que San Francisco se hallaba sumergido en ardiente contemplación de las llagas de Nuestro Señor y que aspiraba, por decirlo así, en él sus dolorosos efectos y parecía beber como si tuviera sed, un angel descendido del cielo mostróselo de repente; luego brilló una virtud misteriosa, tanto que Francisco sintió sus manos y pies como horadados con clavos y su costado atravesado por aguda lanza. Desde entonces sintió en su alma inmenso ardor de caridad; sobre su cuerpo llevó hasta el fin de sus días la impresión viva de las llagas de Jesucristo.

Análogos prodigios, que deberían ser celebrados por un lenguaje angélico mas bien que por el de los hombres, muestran cuán grande y digno fué el hombre elegido por Dios para llamar á sus contemporáneos á las costumbres cristianas. Ciertamente en la casa de San Damián era voz sobrehumana la oída por Francisco, diciéndole: «Marcha, sostén mi casa vacilante.» No es menos digno de admiración que esta aparición celestial se presentase á Inocencio III, pareciéndole ver á Francisco sostener con sus hombros los muros inclinados de la basílica de Letran. El objeto y el sentido de este prodigio son manifiestos; significaba que Francisco debía en este tiempo ser firme apoyo y columna para la república cristiana; y con efecto, no tardó en practicarse.

Los doce primeros que se pusieron bajo su dirección, fueron cual semilla pequeña, la cual, por la gracia de Dios y bajo los auspicios del Soberano Pontífice, pareció bien pronto cambiarse en fértil mies. Luego que estuvieron santamente formados en los ejemplos de Cristo, Francisco distribuyó entre ellos las diferentes comarcas de Italia y de Europa para que allí llevasen el Evangelio; encargó asimismo á algunos de los mismos ir hasta Africa. De repente, pobres, ignorantes como eran, se confundían con el pueblo en las calles y en las plazas; sin aparato de lugar ni pompa en el lenguaje, comienzan á exhortar á los hombres al desprecio de las cosas terrenales y al pensamiento de la vida futura. Maravilla ver cuales fueron los frutos de la empresa de estos obreros, en apariencia humildes. Una multitud, ávida de oírles, corria en masa á ellos: poníase entonces á llorar sus faltas, á olvidar las injurias y á venir por la tregua en las discordias á sentimientos de paz.

No se puede creer con qué ardiente simpatía, que era casi la impetuosidad, se llegaba la multitud á Francisco. Por donde iba, un gran concurso de pueblo le seguía, y no era raro que en las poblaciones pequeñas y en las ciudades más populosas los hombres de todas las clases le pedían ser admitidos en su regla. Esto fué lo que obligó al santo patriarca á establecer la cofradía de la Orden Tercera, destinada á comprender todas las

condiciones y edades de ambos sexos, sin que se rompiesen por ellos los vínculos de la familia y de la sociedad. Él la organizó sabiamente, menos con reglas particulares que con las propias leyes evangélicas, que nunca parecerán duras á ningun cristiano. Sus reglas, en efecto, son: obedecer á los mandamientos de Dios y de la Iglesia; abstenerse de pasiones y de luchas; no desaprovechar cuanto cede en beneficio del prójimo; no tomar las armas sinó para la defensa de la religión y de la Patria; ser moderado en el comer y el beber; evitar el lujo y abstenerse de las peligrosas seducciones del baile y del teatro.

Se alcanza fácilmente qué inmensos servicios ha debido prestar una institución tan saludable por sí misma y por su oportunidad en los tiempos. Esta oportunidad está bastante demostrada por el establecimiento de asociaciones del mismo género en la familia dominicana y otras órdenes religiosas y por los hechos mismos. En las más altas clases y en las más inferiores hubo un apresuramiento general, un ardor generoso para afiliarse á aquella orden de hermanos franciscanos. Entre todos solicitaron ese honor Luis IX, Rey de Francia, é Isabel, Reina de Hungría; en los tiempos sucesivos se cuentan varios Papas, Cardenales, Obispos, Reyes y Príncipes, que no consideraron como indignas de su jerarquía las insignias franciscanas.

Los asociados en la Orden Tercera mostraron siempre tanta piedad como valor en la defensa de la Religión católica: si estas virtudes les valieron el ódio de los malos, ellas les atrajeron, al menos, la estimación de los sabios y los buenos, única cosa que debe buscarse y la más honrosa de todas. Ya aun nuestro predecesor Gregorio IX, habiendo alabado públicamente su valor y su fé, no vaciló en cubrirles con su autoridad y en llamarles honoríficamente «soldados de Cristo, nuevos Macabeos.» Este elogio era merecido. Porque daba gran fuerza al bien público que esta corporación de hombres que tomaban por guia las virtudes y las reglas de su fundador, se aplicasen tanto como pudieran á hacer revivir en el Estado las honradas costumbres cristianas. Muchas veces, en efecto, su empresa y sus ejemplos han servido para apaciguar y aun extirpar las rivalidades de los partidos, arrancar las armas de manos de los furiosos, hacer desaparecer las causas de litigios y disputas, procurar consuelos á la miseria y el abandono, y reprimir la lujuria, muerte de las fortunas é instrumento de corrupción.

Tanto más, cuanto que el carácter de nuestro tiempo requiere por muchos conceptos el establecimiento mismo de esta institución. Como en el siglo XII, la divina caridad se ha debilitado mucho en nuestros dias, y hay, sea por negligencia, sea por ignorancia, gran relajamiento en la práctica de los deberes cristianos. Muchos, llevados por una corriente de los espíritus y por

preocupaciones del mismo género, pasan su vida buscando ávidamente el bienestar y el placer. Enervados por el lujo, disipan su patrimonio y codician el de otro; exaltan la fraternidad, pero hablan de ella mucho más que la practican; les absorbe el egoísmo, y la verdadera caridad para los pequeños y los pobres disminuye diariamente. En aquel tiempo el error múltiple de los albigenses, excitando á las muchedumbres contra el poder de la Iglesia, había turbado el Estado, al propio tiempo que abría el camino á un *socialismo* cierto.

Lo mismo hoy, los fautores y propagadores del *naturalismo* se multiplican. Estos niegan que sea preciso estarse sometidos á la Iglesia, y por una consecuencia necesaria van hasta desconocer el mismo poder civil, aprueban la violencia y la sedición en el pueblo; ponen en duda la propiedad; adulan las concupiscencias de los proletarios; quebrantan los fundamentos del orden civil y doméstico.

En medio de tantos y tan grandes peligros comprendéis ciertamente, venerables hermanos, que hay motivo para esperar mucho de las instituciones franciscanas llevadas á su estado primitivo. Si ellas floreciesen, la fé, la piedad, la honestidad de costumbres florecerían tambien, este apetito desordenado de cosas perecederas sería destruido y no se cuidaría sinó de reprimir las pasiones por la virtud; lo que la mayor parte de los hombres consideran hoy como el yugo más pesado é insoportable.

Unidos los hombres por los lazos de la fraternidad, amaríanse entre sí, y tendrían para los pobres y los indigentes, que son la imagen de Jesucristo, el respeto conveniente. Por otra parte, los que estan penetrados de la religión cristiana saben con toda certeza, que es un deber de conciencia obedecer á las autoridades legítimas.

Es justo decir que la paz doméstica y la tranquilidad pública, la integridad de las costumbres y la benevolencia, el buen uso y la conservación del patrimonio, que son los mejores fundamentos de la civilización y de la estabilidad de los Estados, salen, como de una raíz, de la Orden Tercera de los Franciscanos, y Europa debe en grande parte á Francisco la conservación de esos bienes.

Sin embargo, más que ninguna otra nación, Italia es deudora á Francisco: ella es la que ha tenido más parte en sus beneficios, como que ha sido primer teatro de sus virtudes. Y, con efecto, en esta época en que la frecuencia de las iniquidades multiplicaba las luchas privadas, tendió siempre la mano al desgraciado ó al vencido; rico en el seno de la mayor pobreza no cesó jamás de socorrer la miseria de otro, olvidando la suya. La lengua nacional, apenas reformada, resonó con gracia en sus labios; tradujo los suspiros del amor y de la poesía en cánticos que el pueblo aprendió y que no han parecido indignos de la

posteridad literaria. Bajo la inspiración de Francisco, un superior elevó el genio de nuestros compatriotas, y el arte de los más grandes artistas se dedicó á representar por las pinturas y la escultura las acciones de la vida.

Aldighieri encontró en Francisco materia á sus cánticos sublimes y suaves á la vez; Cimafue y Giotto hallaron en él asuntos que inmortalizar con los colores de Parrhasius; ilustres arquitectos tuvieron ocasión de elevar admirables monumentos, tales como la tumba de *este pobre* y la basílica de Santa María de los Ángeles, testigo de tan numerosos y grandes milagros. A estos santuarios vienen los hombres en tropel para venerar á este padre de los pobres de Asís, que despues de haberse despojado de todas las cosas humanas ha visto afluir á él en abundancia los dones de la divina bondad. Se ve que un raudal de beneficios ha proporcionado este solo hombre para la sociedad cristiana y civil; pero como su espíritu era plena y eminentemente cristiano y apropiado á todos los lugares y á todos los tiempos, nadie podría dudar que la institución franciscana no presta grandes servicios en nuestra época.

Nada es tan eficaz como esta disposición del espíritu para extirpar todo género de vicio en su gérmen, la violencia, la injusticia, el espíritu revolucionario y la envidia entre las diversas clases de la sociedad: cosas todas que constituyen los principios y elementos *del socialismo*. En fin, la cuestión de las relaciones del rico y del pobre que preocupan tanto á los economistas, sería perfectamente deslindada si á la pobreza no la falta dignidad, que el rico debe ser generoso y lleno de misericordia; el pobre contento con su suerte y satisfecho de su trabajo, pues que ni el uno ni el otro han nacido para el goce de los bienes perecederos, y deben subir al cielo, el uno por la paciencia y el otro por la liberalidad.

Tales son las razones por las cuales Nos hemos deseado de todo corazón, desde hace mucho tiempo, proponeros la imitación de Francisco de Asís. Y porque Nos hemos tenido siempre un interés particular por la Orden Tercera de los franciscanos, hoy que Nos hemos sido llamados por la altísima bondad de Dios á este Soberano Pontificado, como se ofrece una ocasión oportuna de hacerlo, Nos exhortamos vivamente á los cristianos á que se hagan inscribir en esta santa milicia de Jesucristo. Se encuentra por todas partes un grande número de personas del uno y otro sexo que marchan generosamente detrás de los pasos del Padre Seráfico.

Nos aplaudimos y aprobamos vivamente su celo, deseando que su número aumente y se multiplique, gracias, sobre todo, á vuestros esfuerzos, venerables hermanos. El punto principal de nuestra recomendación es que los que os habeis revestido con

las órdenes de la *Penitencia* mireis la imagen de su santo autor y os acerqueis á él, sin lo cual no puede realizarse nada de lo que se desea. Esforzaos, pues, en hacer conocer y estimar en todo su valor la *Orden Tercera*, vigilad en esto todos los que teneis el cargo de las almas, enseñando cuidadosamente lo que ella es, de cuanto es accesible á cada uno, de qué privilegios goza para la salud de los espíritus y cuánta utilidad particular y pública promete. Es menester hacer tanto ó más que los religiosos franciscanos de la otra Orden de fundación primera que sufren en este momento por la indigna persecución que les ha herido.

Quiera Dios que por la protección de su padre salgan pronto de esta fuerte y tenaz tempestad. Quiera Dios que los pueblos cristianos acudan en auxilio de la regla de la Orden Tercera con tanto ardor y en tan gran número como acudieron en otra ocasión al pié del Santo Patriarca. Lo pedimos sobre todo y con más razón todavía á los Italianos, que la comunidad de patria y la abundancia particular de beneficios recibidos les obligan á mayor devoción por San Francisco y á mayor reconocimiento tambien.

Así sucederá que al cabo de siete siglos, Italia y el mundo cristiano entero se vean trasportados del desorden á la paz; de la fiebre á la salud, por la influencia bienhechora del Santo de Asís.

Pidamos esta gracia en una plegaria común, y sobre todo en estos dias á Francisco mismo; implorémosla de la Virgen María, Madre de Dios, que ha recompensado siempre la piedad y la fé de su servidor con su alta protección y especiales mercedes.

Mientras tanto, como prenda de los celestiales favores, y en testimonio de nuestra especial benevolencia, Nos os damos afectuosamente en el Señor á vosotros, venerables hermanos, y á todo el clero y pueblo confiado á cada uno de vosotros la bendición apostólica.

Dado en Roma cerca de San Pedro el día 17 de Setiembre de 1882, año quinto de nuestro Pontificado.-LEÓN, XIII, PAPA.

---

### **Asociación de SUFRAGIOS MÚTUOS de Sacerdotes de esta Diócesis.**

---

El día 29 de Agosto último falleció D. Diego de la Vega, Párroco de Villalmán y el 27 de Setiembre los Sres. D. Isidoro del Caño, Arcipreste y Párroco de Vega de Villalobos, y D. Rodrigo de la Sierra, Párroco de Cabrera y Espinosa; y habiénd-

dose hecho constar que estaban inscritos en la Asociación, y por certificado de los Sres. Arciprestes que habían aplicado las Misas por los Socios difuntos, todos los Congregados celebrarán por cada uno la Misa, según reglamento.

---

## DISPENSAS.

Han llegado de Roma las Dispensas matrimoniales de la lista 8.ª, que contiene las embanca-  
das hasta el día 2 de Setiembre último.

---

## MUERTE DE SANTA TERESA DE JESÚS

TAL COMO LA DESCRIBEN SUS PRINCIPALES BIÓGRAFOS.

Pidió la Extrema-unción y recibióla con mucha reverencia á las nueve de la noche el mismo día, víspera de San Francisco... En toda esta noche no dejó de padecer muchos dolores saliendo de cuando en cuando con sus versos acostumbrados; y el día siguiente á las siete de la mañana, se echó de un lado, de la manera que pintan á la Magdalena, y con un Crucifijo en la mano, el cual tuvo hasta que se lo quitaron para enterrarla; el rostro tenía encendido y así se estuvo en oración con grandísimo sosiego y quietud, sin menearse más. Cuando estaba en el artículo de la muerte, una hermana la estaba mirando con grande atención, y parecíala que via en ella señales de que la estaba hablando nuestro Señor, y mostrándola grandes cosas, porque hacía meneos, como quien se maravilla de lo mucho que via. Así estuvo hasta las nueve de la noche en que dió su santa alma á su Criador, jueves día de San Francisco.

(De la vida escrita por el P. Francisco de Rivera. Libro 3, cap. 15.)

Dice la V. Ana de San Bartolomé: Los cinco dias últimos, la santa Madre parecía más bien muerta que viva. Dos dias antes de morir, estando por casualidad sola con ella, me dijo: «hija llegó ya la hora de mi muerte.» Con cuyas palabras mi corazón fué traspasado como por un cuchillo. Sin volver á salir de su celda, rogaba á las hermanas trajesen á mí todo lo que fuese necesario, y yo se lo ofrecia á ella porque encontraba consuelo en mi compañía. Finalmente el mismo día en que murió, el dolor me privó el uso de la palabra, por lo que por la tarde el P. Antonio de Jesús, del número de los primeros descalzos, que asistia á la moribunda, me mandó que me retirase á comer. Y mientras así lo hacia, la Santa

Madre inquieta miraba á todas partes. Y habiéndole preguntado el P. Antonio si acaso me buscaba, respondió afirmativamente por medio de algunas señas, y por esto fuí llamada. Luego que advirtió que habia vuelto, sonriéndose dulcemente y abrazándome con mucha expresión de amor, reclinó su cabeza sobre mis brazos y yo la tuve sostenida y abrazada, hasta que espiró. Mientras tanto yo parecía morir más que ella. De tal manera ardía en amor de su Esposo, que solo deseaba llegase aquella hora, en la que, libre de los lazos del cuerpo, pudiese gozar de él para siempre. En aquel último instante el Señor, cuya clemencia es infinita, viendo mi escasa resignación para sufrir aquella cruz, se me apareció con inmensa Majestad y acompañado de muchos Santos que estaban al extremo del lecho, y que habian de llevar al cielo su alma. Durante esta visión, que duró el tiempo que puede tardarse en recitar un *Credo* mi dolor se convirtió en grande tranquilidad de ánimo y pidiendo permiso al Señor, dije: «¡Oh Señor! Aunque agradase á tu Majestad, que yo gozara todavía algun tanto de la presencia de mi madre Teresa, ahora despues que he visto su gloria, prefiero rogarte, que ni por un solo momento la detengas en la tierra.» Así partió aquella bienaventurada alma, y á manera de paloma, voló á gozar de su Dios.

Casi todas estas circunstancias que acabamos de transcribir de la V. Ana, las afirmó con juramento esta sierva de Dios el año 1596, como se colige del proceso compulsorial de Avila. En el proceso remisorial está conforme Teresa de Jesús la más jóven, que fué testigo ocular de la muerte de su Santa tía paterna, y no solo confirmó el testimonio de la V. Ana de San Bartolomé, sinó que añade lo siguiente. «Que del resplandor y luz, con que en espíritu vió llena toda la celda, reflejó tanta claridad en el rostro de la V. Ana, que todas las demás monjas, ignorantes de lo que ocurría, la miraban más atentamente que que á la Santa Madre, lo que llenas de admiración habían referido despues; más luego que espiró la Santa, desapareció la visión, y la V. Ana volvió en sí, dando gracias á Dios.» Omitimos referir aquí todas las demás apariciones, señales y portentos que concurrieron en la muerte de Santa Teresa y siguieron inmediatamente, algunos de los cuales se recuerdan en el Breviario romano, porque los más principales pueden verse en el P. Rivera y en las actas de la canonización: lo que se afirma en el mismo Breviario, de que la Santa al morir entregó su alma purísima á Dios, mas bien por el excesivo fuego de amor divino, que por la fuerza de la enfermedad, puede confirmarse con el testimonio del P. Yepes, escritor prudentísimo.

(Acta S. Theresiæ á Jesu. por José Vandermœere. S. J. §. 52, núm. 1016 y 1017).

## APERTURA DEL CURSO ESCOLAR del Seminario Conciliar de S. Froilán de esta Ciudad.

Cantada una Misa solemne, se verificó el acto de apertura de este curso en la espaciosa aula de S. Escritura bajo la presidencia del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo con asistencia del digno Sr. Gobernador de la provincia, de varios Sres. Capitulares de la Catedral y de la Colegiata, habiendo concurrido tambien individuos del Clero Parroquial, Comisiones de la Excma. Diputación Provincial y de los Establecimientos de Enseñanza y no pocos particulares de todas las clases de la Sociedad. Dicho el *Veni Creator*, el Sr. Lectoral, Catedrático de S. Teología en el mismo Seminario, pronunció una brillante Oración inaugural demostrando la excelencia y superioridad de la Teología sobre todas las ciencias, toda vez que el objeto de la ciencia es el conocimiento de la verdad, y la Teología se ocupa en el conocimiento de Dios, con la luz de la fe, siendo Dios origen y fuente de toda verdad. El Sr. Sanchez de Castro probó evidentemente la necesidad de la revelación y expuso como se había verificado, patentizando los deplorables extravíos de los que proclaman la independendia de las naciones y la libertad del pensamiento, locura semejante á la de aquel que intentara prescindir de los rails para que los trenes marchasen con más libertad é independendia.

Despues, S. E. I. dirigió á los jóvenes Escolares una exhortación cariñosa empezando por ponderar la suma importancia de los Seminarios Conciliares, reconocida en términos muy explícitos y elocuentes por el Sapientísimo León XIII, quien los considera como el corazón de cada Diócesis, en el cual es preciso buscar el principal remedio de los grandes males que afligen hoy á la Iglesia. El Prelado se extendió en reflexiones prácticas sobre las virtudes de humildad, abnegación y piedad que deben brillar en los seminaristas además de la ciencia Eclesiástica para que sean á la vez santos y sabios; porque un Sacerdote, decía el Sr. Obispo, santo, pero ignorante, es inútil; mientras que sabio sin virtud es orgulloso y promovedor de conflictos y males de consideración. El Sacerdote santo é ignorante, continuaba el Prelado, es sin disputa preferible al sabio y soberbio que destruye y escandaliza.

Habiendo aludido el Sr. Lectoral á la conclusión de su discurso al temor de los Catedráticos y alumnos de que el Seminario perdiera pronto al Prelado que le protegía con ardiente celo, contestó S. E. I. que si la Providencia dispusiera su tras-

lación á otra Diócesis, no se olvidaría de aquel Seminario del que llevaba recuerdos muy gratos, como no se olvidaba tampoco de los de Avila y Santander, porque había mirado siempre con particular predilección los Seminarios Conciliares. Las sentidas frases del Sr. Obispo conmovieron á la numerosa concurrencia.

Antes de declarar S. E. I. abierto el curso actual, los señores Catedráticos de rodillas ante el Prelado hicieron la protesta de la fe con arreglo á la fórmula dispuesta para estos casos y otros análogos.

---

## SANTAS MISIONES.

---

En el número anterior dimos cuenta, aunque muy sucintamente, de la predicada por los PP. Capuchinos en el santuario de Ntra. Señora de la Velilla, y hoy tenemos que añadir que con los mismos satisfactorios resultados terminó la segunda predicada por dichos Padres en el pueblo de Valderrueda, y á cuya terminación asistió el Prelado, que el día 20 por la noche había llegado á Villacorta. Los pueblos inmediatos á los centros en que se predicaron ambas Misiones, acudieron con tanta solitud que, con ser pueblos pequeños, había necesidad de predicar fuera de la Iglesia concurriendo los fieles de dos, tres y más leguas, y siendo las comuniones próximamente tres mil en cada Misión. Tan viva se conserva la fé y tanta es la piedad de aquellos fieles montañeses.

Los RR. Padres Capuchinos, que más de una vez tuvieron que interrumpir sus sencillos y fervorosos discursos por el llanto de los oyentes, han marchado muy complacidos; y el Clero y pueblo ha quedado lleno de amor y gratitud hácia los humildes hijos de S. Francisco.

El día 25 habrán llegado al arciprestazgo de Valdavia los PP. Redentoristas encargados de predicar tres Misiones en los pueblos designados al afecto: á su tiempo daremos brevemente las noticias que se nos comuniquen.

---

## CRÓNICA PIADOSA.

La Cofradía del Santo Rosario, erigida canónicamente por nuestro amantísimo Prelado en la Iglesia parroquial de Santa Marina, dedicó á su excelsa Patrona en el Domingo último una solemne función con Misa de comunión general: por la tarde, se empezó con una Estación al Santísimo Sacramento y enseguida subió á la Cátedra del Espíritu Santo el Dr. D. José Tomás Mazarrasa. El orador hizo una explicación instructiva del Santo Rosario, expuso sus excelencias y los grandes beneficios que nos atrae esta devoción tan grata á la Santísima Virgen, además de las copiosas gracias con que los Sumos Pontífices han favorecido á los devotos del Santo Rosario. Se lamentó el Sr. Mazarrasa de que no se rezase diariamente el Rosario en todas las familias excitando fervorosamente á esta saludable práctica y á la inscripción en la Cofradía del Santo Rosario. Aquella semilla de la divina palabra no cayó en terreno estéril pues hemos oído á algunos de los concurrentes que están dispuestos á corresponder á las excitaciones del orador sagrado.

El Sr. Cura Párroco de la misma Iglesia todo lo tenía convenientemente dispuesto para la procesión de la veneranda Imagen, rica y elegantemente vestida, conducida por cuatro Sacerdotes con alba y dalmática: formaban una numerosa comitiva el Clero Catedral, el Parroquial, todas las Cofradías de la Ciudad y otros fieles de ambos sexos, presidiendo el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo: los balcones de la larga carrera engalanados con vistosas colgaduras: la multitud que se agolpaba en las plazuelas y bocacalles del trayecto, mostraba edificante piedad: una escogida Capilla de música con acompañamiento de orquesta cantaba el Santo Rosario alternando con el Clero y el pueblo. Habiendo regresado á la expresada Iglesia, se terminó la Letanía y se cantó una Salve.

S. E. I. quiso aprovechar aquella ocasión tan oportuna para dirigir su voz paternal y siempre persuasiva á la

concurrancia que llenaba el espacioso templo. El Prelado habló con ferviente entusiasmo de los dos sucesos gloriosos que iban á verificarse en este mes: el Centenario del Glorioso San Francisco de Asis y el de Santa Teresa de Jesús, la cual murió en el mismo día 4, fiesta del Santo fundador. (1) El primero de estos acontecimientos, dijo S. E. I., ha motivado las notabilísimas Letras Apostólicas del esclarecido Papa reinante que publicamos por cabeza de este número, y el segundo está llevando ya multitud de peregrinos á Avila y á Alva de Tormes. Secundando los deseos del Sumo Pontífice, el Prelado recomendó encarecidamente la devoción á San Francisco de Asis, que se distinguió por su humildad y por su verdadero espíritu de pobreza, virtudes que no acierta á comprender este siglo del orgullo y del oro. Una buena Comunión, añadió el Sr. Obispo, será el homenaje más aceptable á los ojos de Dios, en honor del Glorioso San Francisco (2). Del Centenario de Santa Teresa prometió el Prelado hablar en otra ocasión, puesto que habían de trascurrir algunos dias antes de aquel fausto acontecimiento.

S. E. I. despidió con su bendición solemne á su amadísimo pueblo, el que á su vez bendice al celoso Pastor.

---

Los PP. Franciscos Capuchinos honraron la memoria de su ilustre Fundador con una Misa solemne, estando Su Divina Majestad expuesto: por la tarde, tuvieron completas cantadas, procesión y terminando con la reserva del Santísimo Sacramento.

---

(1) La corrección del Calendario Gregoriano llevó al día 15 la memoria de la muerte de la ilustre Doctora.

(2) Este religioso pueblo dócil siempre á la voz de su amadísimo Pastor ofreció el espectáculo edificante de numerosas Comuniones en la fiesta de San Francisco.